

FERNANDO DE LOS RÍOS Y LA PROPUESTA HUMANISTA

La crítica revisionista al marxismo se produce en Europa en las últimas décadas del siglo XIX, apareciendo determinadas opciones desde distintas tesis que intentan modificar de alguna forma la ortodoxia del marxismo. Es el caso del alemán Eduard Bernstein, que resta importancia a los factores económicos y apuesta por la ética en la formación de la conciencia o los teóricos franceses Jules Guesde y Jean Jaurès que defienden la lucha política socialista a través de la acción parlamentaria y la defensa liberal del sistema democrático, planteamientos que hoy son incuestionables. En España, el único teórico que formula en la segunda década del siglo XX una reflexión crítica desde el pensamiento kantiano y no desde el marxismo es el parlamentario socialista Fernando de los Ríos, heredero del ecléctico krausismo español y discípulo de Francisco Giner de los Ríos, fundador de la Institución Libre de Enseñanza, que propone una nueva alternativa al socialismo: el humanismo.

Su proyecto cautiva por la actualidad de sus planteamientos y por la clarividencia de sus juicios y su producción literaria está documentada por el estudio de los clásicos humanistas del Renacimiento italiano y por la Ilustración, que culmina en la Declaración de los Derechos Humanos de 1789. No olvida tampoco a Goethe, el padre de la "revolución espiritual" alemana, ni a Schiller, apasionado como él por la educación del hombre hacia la libertad.

La libertad es también el lema y la fijación de la Institución Libre de Enseñanza porque la pedagogía institucionista sostiene que la libertad es un don individual y social irrenunciable, cuyo íntimo fundamento se encuentra en la conciencia interior del hombre y a su vez en estrechísima relación con el sentido moral del deber. En esta institución laica y progresista, que fue creada en 1886 como modelo de la Universidad Libre de Bruselas y clausurada en 1936, se nutre Fernando de los Ríos.

El ilustre parlamentario acierta plenamente y merece una seria reflexión a la crítica que realiza al enfoque económico que la doctrina marxista adopta tras la Segunda Internacional y su apuesta por la formación ética del individuo: "No es para nosotros lo económico el símbolo de lo pecaminoso -dice

sabiamente en uno de sus libros- pero amenaza serlo en una concepción socialista obsesionada por apetitos materiales y enfeudada a los afanes de clase". Sus palabras, pronunciadas en 1926, producen hoy desazón en aquellos que asistimos al inevitable atropello que supone la subversión de valores, pero también indican un halo de esperanza porque todavía estamos a tiempo de evitar que sigamos viviendo una situación individual y social tan poco efectiva y tan incoherente con el ser humano.

Fernando de los Ríos, intelectual, docente, político, humanista transparenta una personalidad vitalista, enriquecedora y comprometida consigo mismo y con los demás. "Somos herederos del erasmismo" -concluye en otro de sus libros- e indica la clave hacia la reflexión: la experiencia, el conocimiento de sí mismo en el sentido revolucionario socrático, la individualidad dentro de la colectividad y la personalización del individuo.

La despersonalización, mal endémico de nuestra sociedad, se evita practicando la individualidad bien entendida. Individualidad y solidaridad no son tampoco incompatibles porque "solidaridad" no es un concepto excluyente y porque la libertad individual es el lugar donde se puede optar por ser solidario y tolerante. Ninguna ideología tiene que esclavizar y ningún grupo debe practicar la intolerancia ideológica entre los que son "de los nuestros" y los que no lo son.

La importancia y la grandeza del valioso legado humano de este egregio personaje condenado al ostracismo durante tantos años radica en que aunque defiende el humanismo desde el socialismo no es partidista, su teoría es generalista y globalizadora. Tanto hoy como ayer, cualquier ideología política que se precie no solo tiene que convencer con sus argumentos sino que ha de ilusionar. Defrauda, evidentemente, todo proyecto humano que en la práctica no produce óptimos resultados. El humanismo, aplicado a la política, cumple perfectamente con la dualidad perseguida: el éxito en la teoría y en la praxis. Por tanto, es una alternativa válida, que ha de tenerse en cuenta en una revisión ideológica conceptual a todas luces necesaria.

Carmina Moreno Arenas

Granada, 5 de agosto de 2018